

Argentina: del Voto Cautivo a la Desregulación del Electorado

Carlos Alberto Fara

I. Introducción

En los últimos siete años, la Argentina ha experimentado cambios muy profundos y evidentes en su estructura económica, social y política. Dichos cambios han tenido, y siguen teniendo, un gran impacto sobre la conformación cultural del país, visto desde diversas dimensiones. Una de las más relevantes para el funcionamiento de su sistema político es la referida al comportamiento electoral. Sobre los factores causantes de dichos cambios y sus consecuencias sobre los aspectos políticos de la identidad cultural trata el presente trabajo.

En primer lugar, se hará una breve descripción de la Argentina electoral desde 1945 a 1983. Luego se identificarán los cambios que vienen aconteciendo desde el inicio del nuevo período democrático y sus principales factores explicativos. Por último, se harán algunas propuestas dirigidas a amortiguar algunas de las consecuencias más negativas que traen aparejados dichos cambios en términos de identidad cultural.

II. La Argentina electoral de Postguerra

El fin de la Segunda Guerra Mundial vio alumbrar en nuestro país el nacimiento del movimiento político de masas más grande hasta ese momento. El encumbramiento de la figura del entonces Coronel Perón fue la chispa para conformar un profundo realineamiento electoral que implicó, entre otras cosas, la incorporación de nuevos sectores a la vida política.

Este realineamiento implicó, al menos, dos cuestiones. Por un lado, reflejar en términos de representación política los cambios que se venían produciendo en la estructura socioeconómica, laboral y productiva de los 15 años anteriores. El proceso de sustitución de importaciones dio lugar al crecimiento de una incipiente industria nacional de pequeño porte que atrajo grandes contingentes de masas del interior del país y del medio rural al gran cordón urbano de Buenos Aires. La Argentina de 1945 ya poseía una masa obrera con importantes índices de sindicalización sin un canal político que las expresara. La movilidad horizontal creó importantes "masas disponibles" en términos políticos, según la terminología acuñada por Gino Germani (1). Expresado lógicamente se diría que a una nueva estructura socioeconómica le corresponden nuevas estructuras políticas de expresión y representación.

La segunda cuestión es que el nacimiento del movimiento justicialista creó un nuevo clivaje político que marcará a fuego la historia nacional de 40 años: peronismo

vs. antiperonismo. Se modifican los ejes de discusión ideológica y se constituyen nuevas alianzas político-electorales. De ahí en adelante toda la dinámica política de la Argentina -golpes militares, gobiernos constitucionales elegidos con la proscripción del peronismo y alianzas tácticas- se movió alrededor de aquel encolumnamiento central.

El realineamiento político-electoral implicó la constitución de un bloque que reunía bajo un mismo paraguas a los sectores más humildes urbanos y rurales, sectores de la pequeña industria que había crecido gracias al proceso de sustitución de importaciones y algunos grupos de la clase alta que podían identificarse con el justicialismo en función de su discurso antiliberal, nacionalista y católico (2). Enfrente había otro bloque compuesto fundamentalmente por los sectores medios, hijos de inmigrantes y los grupos económicos locales o extranjeros más ligados al mercado internacional.

Sin grandes diferencias, el Partido Justicialista (PJ) siempre ganó las elecciones nacionales en las que no fue proscripto, hasta la derrota que sufrió en 1983. La Argentina era electoralmente, al igual que la mayor parte del mundo occidental (3), un país en donde la ubicación en la estratificación social determinaba con bastante claridad el voto de un individuo. Los factores estructurales predominaban casi absolutamente, dejando muy poco espacio a la incidencia de elementos coyunturales. Las identidades partidarias eran un referente electoral muy potente que marcaba toda la historia de una persona.

La estabilidad del comportamiento electoral es concomitante con la época de la producción en masa y de las grandes líneas de montaje en lo que atañe a la organización productiva, perfilándose muy lentamente una diversificación de la estructura social. Las relaciones laborales eran duraderas y de las costumbres sociales era un hecho común, pese a la inestabilidad política y a la incorporación paulatina de la tecnología en la vida cotidiana.

La vida política se caracteriza en esa etapa por la existencia de grandes movilizaciones producidas por un tipo de partido político -el burocrático de masas (4)- y por una adscripción ideológica clara y excluyente. El discurso político está orientado por los grandes relatos colectivos y las grandes utopías. El espacio fundamental es la calle y los militantes son sus principales pobladores.

En ese marco, las decisiones micropolíticas realizadas en función de factores de corto plazo eran casi impensables. La evaluación de las candidaturas, las gestiones gubernamentales y la coyuntura económica individual no eran variables muy adecuadas para explicar el sufragio. Las campañas electorales -si las había- no eran un motivo de gran interés dada la estabilidad del voto y de los condicionantes estructurales.

Este escenario -signado por la permanencia del comportamiento electoral, el voto cautivo, la fuerte identificación partidaria y la preeminencia casi absoluta de

los factores estructurales (i.e. socioeconómicos y socio-demográficos) por sobre los de corto plazo (i.e. evaluación de los candidatos, las gestiones gubernamentales, la percepción sobre la situación económica personal o familiar, el desempeño de los candidatos en una campaña, la oferta electoral)- se mantiene en grandes líneas a lo largo de cuarenta años. Sin embargo, el efecto acumulativo de ciertos factores desembocó en cambios en el comportamiento electoral que comenzaron a manifestarse con la elección a presidente de 1983, y que se profundizaron notablemente en los '90.

III. Del voto cautivo a la desregulación del electorado

Desde la llegada de la democracia en el año '83 se ha producido en la Argentina una progresiva desregulación del mercado electoral. Esto es, cada vez en mayor medida el electorado no responde exclusivamente a las pautas tradicionales en materia de comportamiento del voto, sino que decide su sufragio en función de elementos coyunturales. Es el detrimento del llamado "voto cautivo" y la generalización del "voto flotante" (5).

Si en la Argentina vigente hasta 1976 la mayor parte de la ciudadanía tenía decidido su voto mucho tiempo antes de la elección en función de su pertenencia social e ideológico-partidaria. En el país que emerge con el triunfo de Alfonsín comienzan a preponderar, crecientemente, elementos de la coyuntura como el desempeño gubernamental, la evaluación de los candidatos que presenta cada partido, los efectos de los programas gubernamentales, los mensajes emitidos durante la campaña y los efectos de ciertas crisis puntuales como puede ser la hiperinflación.

Esta desregulación, en términos prácticos, significa que el margen de opción que los votantes se plantean ante cada acto comicial es mucho mayor que la acostumbrada. Los mercados cautivos no desaparecen del todo, pero se reducen notablemente. La volatilidad electoral tiende a ser mucho más alta y la aparición de opciones electorales para aprovechar una coyuntura (flash parties) se multiplican.

Este fenómeno -que no es exclusivo de la Argentina, sino que es mundial- está teniendo efectos crecientes, por lo menos, sobre seis dimensiones: 1) el tipo de liderazgo y representación política preferido por la sociedad; 2) la lógica de las coaliciones electorales; 3) los modos de ejercer el gobierno; 4) las formas de realizar las campañas electorales; 5) la conformación del sistema de partidos; y 6) las formas de financiamiento de la actividad política.

III.1. Causas de la Desregulación

Esta desregulación progresiva tiene una multiplicidad de causas que se pueden agrupar, básicamente, en dos grandes grupos. Por un lado, existen las causas exógenas o externas al sistema político (estructurales o de largo plazo) y, por el otro, causas endógenas o internas (coyunturales o de corto plazo).

Entre las primeras cabe considerar los profundos cambios tecnológicos y sociales que están quebrando las pautas tradicionales de comportamiento de las sociedades. Llámese tercera ola, sociedad de la información, sociedad del conocimiento, era tecnocrática o posmodernidad, existe una importante coincidencia en que la transformación de los procesos productivos -computadora personal, fax, medios de comunicación, robótica, biogenética, etc.- y la variación de ciertas pautas demográficas -envejecimiento de la población, mayor ciclo de vida- están cambiando radicalmente la cosmovisión de las sociedades y trastocando sus sistemas de valores. Se están modificando las pautas de consumo con la aparición de nuevos mecanismos de comercialización lo cual, sumado a la sofisticación del consumidor, hace que dejen de existir los mercados masivos para pasar a micro-mercados o nichos. Básicamente puede decirse que, frente a una creciente fragmentación de los procesos productivos y tecnológicos, los patrones de comportamiento social también se están fragmentando y los individuos sufren un menor sentido de pertenencia a cualquier tipo de estructura social u orden institucional hasta ahora imperante (6).

Por otro lado, existen causas internas en el sistema político que provocan la desregulación. Estos factores -básicamente de corto plazo- pueden ser clasificados en tres categorías: 1) los relativos a las gestiones gubernamentales y las políticas públicas, 2) los coyunturales y 3) los institucionales. Los primeros se refieren a los efectos de ciertas políticas gubernamentales sobre la estructura económica y social. En este sentido, la política de apertura comercial propiciada por la dictadura militar, provocó una desindustrialización acelerada y una consecuente reducción de la proporción de obreros industriales sindicalizados, incrementando el sector terciario. Más allá de los cambios tecnológicos ciertos, este tipo de políticas aceleró procesos de cambio social. Algo semejante ocurre hoy con las privatizaciones, la apertura al mundo, la estabilidad y la mismas desregulaciones. Así mismo, esta categoría hace referencia a los realineamientos que se producen cuando una gestión gubernamental cae en el más absoluto de los descréditos. Esto sucedió en varias provincias (Salta, Chaco, Tierra del Fuego, Tucumán, San Juan o Catamarca) durante la década del '90, cuando importantes proporciones de la población rompieron adscripciones partidarias históricas para castigar con el sufragio a un sector de la clase política. En la era anterior de postguerra, no existía tal concepto instrumental del voto.

Los factores coyunturales se refieren a ciertas crisis como la hiperinflación que dislocó no sólo ciertas pautas de convivencia social, sino que también inclinó la percepción de algunos sectores sociales hacia la necesidad de realizar cambios estructurales impensados, la desvalorización de la política, la pérdida de vigencia de ciertas identidades partidarias y la recurrencia a un tipo de liderazgo fuerte -"mano dura"- capaz de superar las rencillas políticas y aplicar "cirugía sin anestesia". Este efecto de los picos inflacionarios comenzó a incidir en la decisión del voto en Europa hacia los '70.

Por último, los factores institucionales son aquellos cambios en las reglas de juego políticas que expanden las opciones del electorado y abren su participación. Esta multiplicación de opciones contribuye a la desregulación del mercado electoral, al romper ciertas prácticas políticas tradicionales que incrementaban la intermediación entre electores y elegidos. En esta línea se ubicarían las innovaciones en materia electoral como la ley de lemas, las internas abiertas, el sistema de tachas y el orden de preferencia. Dicha multiplicación de la oferta obliga también a la sociedad a desarrollar criterios alternativos para la identificación ideológica o partidaria para seleccionar un candidato. En esas situaciones es cuando comienzan a cobrar peso las características individuales de los candidatos (7).

Existe, respecto a las causas, un debate público vinculado con alineamientos más ideológicos que teóricos acerca de si los cambios que vienen ocurriendo en el ámbito de la política son producto de la transformación tecnológica y la globalización económica, o si son fruto de las políticas económicas neoliberales y la instauración del "capitalismo salvaje". No es intención de este trabajo establecer un fallo sobre este diferendo. No obstante, se parte de la incidencia compartida de ambos tipos de factores, que de por sí se retroalimentan. Los cambios en los procesos productivos conducen a políticas neoliberales, y dichas políticas terminan obligando a una fuerte incorporación de nuevas tecnologías.

III.2. Indicadores de la Desregulación en la Argentina

En función de los datos de encuestas de diversas fuentes y de los resultados electorales desde 1983 a 1995 se deducen varios indicadores que confirman la tendencia global ya caracterizada.

III.2.1. Fragmentación del Voto

Desde la elección de 1983 hasta la de 1995, aún con altibajos, se viene produciendo una progresiva fragmentación del voto. La misma tiene como principales perjudicados a los dos principales partidos y beneficia a los partidos chicos y a las expresiones políticas provinciales. El bipartidismo que se dibujó en la elección que ganó Alfonsín perdió mucho peso: 21 % del electorado que concurrió a las urnas (Cuadro Nro. 1).

III.2.2. Incremento de la Apatía Electoral

En los mismos datos de los resultados electorales desde el '83 a la fecha se puede observar también un cierto incremento del voto en blanco y de la abstención. Esta tendencia se profundiza a partir de la llegada de Menem al gobierno (Cuadro Nro. 1).

Cuadro Nro. 1
Voto de las Distintas Corrientes Políticas en las Elecciones para Diputados
Nacionales *
 (en porcentajes)

Opción Electoral	Comicios							
	'83	'85	'87	'89	'91	'93	'94	'95 (1)
PJ	38.4	34.6	41.5	44.7	40.0	42.5	37.9	43.1
UCR	47.6	43.6	37.2	28.7	28.9	30.2	19.7	21.9
PJ + UCR	86.0	78.2	78.7	73.4	68.9	72.7	57.6	65.0
Resto Partidos Nacionales	9.0	16.4	14.3	17.9	21.9	13.8	29.0	25.6
Partidos Provinciales (2)	4.4	5.4	7.0	8.6	9.2	10.4	13.4	9.4
Voto en Blanco	2.7	1.9	2.5	2.6	5.8	5.1	6.0	5.3
Participación Electoral	85.6	83.8	84.6	85.3	80.3	80.3	77.5	80.2

* Incluye las elecciones para convencionales constituyentes de abril de 1994.

1. Todos los datos referidos a la última elección son provisorios.
2. La Fuerza Republicana es considerada partido provincial sólo en Tucumán, al igual que la Democracia Progresista en Santa Fe (salvo cuando ésta ha ido en alianza con otros partidos). En 1989 los votos de la Confederación Federalista Independiente fueron considerados partidos de esta categoría.

Cuadro Nro. 2
Segmentación por simpatías partidarias
 (en porcentajes)

Simpatías Partidarias	Años				
	1987	1988	1990	1992	1994
PJ	19	23	18	21	20
UCR	18	8	10	12	9
Derecha	7	7	4	5	3
Izquierda	7	5	6	5	7
Indefinidos	32	26	28	25	21
Apolíticos	17	31	34	32	40
Total	100	100	100	100	100

Fuente: Mora y Araujo, Noguera & Asociados

III.2.3. Incremento del Electorado Independiente y Apolítico

Se expresa también un progresivo crecimiento de aquellos votantes a los que no les interesa la política, o que no se sienten identificados con ninguna expresión partidaria (Cuadro Nro. 2).

III.2.4. Aparición de Expresiones Electorales de Corto Plazo

Con el paso de cada elección aparecen, crecen y decaen nuevas expresiones electorales. Las mismas están destinadas a aprovechar una clivaje coyuntural y electoralmente relevante.

Frente al estancamiento de la Argentina post-proceso y la necesidad de controlar la inflación y tener mejores servicios públicos, la era democrática actual ve nacer y crecer a la Unión del Centro Democrático. Con la llegada de Menem al poder, las privatizaciones y la estabilidad, la Ucedé pierde buena parte de su razón de ser al desaparecer sus clivajes del escenario político argentino.

En 1985, frente a la crisis del justicialismo y los virajes de Alfonsín, tuvo su cuarto de hora el Partido Intransigente. Cuando el peronismo se recuperó, el PI volvió a su espacio habitual.

Con el viraje ideológico del gobierno de Menem, el justicialismo pierde porciones del electorado progresista a manos del Frente Grande -luego Frepaso- y de sectores humildes que ven en el Modín una cierta esperanza. El Frente se coloca eficientemente en el eje de la lucha contra la corrupción y la mala imagen de los políticos tradicionales. Por su parte, la falta de respuesta de varios gobiernos peronistas provinciales a los nuevos tiempos produce un crecimiento notable de partidos provinciales. En la medida que los clivajes políticos en los que se insertaron originariamente Aldo Rico y Carlos "Chacho" Alvarez se vean satisfechos, esas expresiones electorales corren riesgos de dejar paso a otras y así sucesivamente.

III.2.5. El Menemismo y el Realineamiento del Electorado

Todavía no son del todo claros cuáles son los efectos electorales de los cambios estructurales que está llevando a cabo la administración de Carlos Menem. La desregulación significa, entre otras cosas, que los votantes no responden a los patrones tradicionales. Un desocupado de una empresa privatizada no necesariamente significa un voto en contra de Menem (o del peronismo): tal es el caso de San Nicolás, Palpalá, las provincia de Santa Cruz y Chubut, y muchas otras localidades que fueron seriamente afectadas por la reestructuración de empresas estatales (Somisa, Altos Hornos Zapla, YPF, Gas del Estado, etc). También es el caso de aquellos distritos que sufrieron profundas reestructuraciones en su principal fuente de trabajo (Tierra del Fuego, Río Turbio) (8).

Asimismo, no todos los beneficiados por la convertibilidad, el dólar barato y la apertura al mundo son votos menemistas: el Frente Grande comienza realizando su

mejor elección en los sectores de mayores ingresos y, en menor medida, en la tradicional clase media no tan acomodada. Por lo tanto, es imprescindible re-pensar la lógica habitual de las coaliciones electorales. Los esquemas tradicionales ya no funcionan porque los clivajes sociales tradicionales (peronismo vs. antiperonismo; nacionalismo vs. internacionalismo; izquierda vs. derecha; etc.) perdieron vigencia, al menos en el inconciente de las sociedades. Hoy los clivajes mezclan mucho más a los distintos segmentos sociales. Se puede producir una serie de nuevas coaliciones electorales, difíciles de entender según la lógica habitual, a partir de clivajes novedosos o de más reciente data: ecología vs. antiecología; corrupción vs. honestidad; clase política vs. la gente; etc.

Cuadro Nro. 3
Distribución del Voto a Diputados Nacionales '93
según Nivel Socio-Económico (NSE) en Cap.Fed. y GBA
 (en porcentajes)

NSE	Voto a Diputados Nacionales '93								
	PJ	UCR	UCD	FG	MODIN	Abst.	Derecha	Otros	Total
Bajo	46	9	-	-	10	33	-	2	100
Medio	33	24	3	8	7	13	-	12	100
Medio-alto	13	26	7	13	4	8	13	16	100

Fuente: Carlos Fara & Asociados

En este marco, se ha detectado un cambio en la composición del voto justicialista. En el cuadro Nro. 3 se ofrecen datos referentes a la elección de diputados nacionales de octubre de 1993 en el principal conglomerado urbano. Ahí se ven reflejadas las preferencias de los 3 niveles socioeconómicos.

Se difundió mucho la hipótesis de que el menemismo se había convertido en un fenómeno de conservadorismo popular. Se supuso que se había constituido una coalición entre el tradicional voto peronista de clase baja junto a los sectores de mayor nivel socioeconómico entusiasmados con las reformas de Menem y Cavallo. En alguna medida dicha hipótesis es cierta, sobre todo si se leen los resultados electorales de la Capital Federal en los comicios presidenciales de 1995.

Básicamente el voto de clase baja sigue siendo peronista, aunque con un par de atenuantes. La UCR y el MODIN se llevan el 20 % de ese sector y -lo que es quizá más importante- un tercio se abstuvo de ir a votar aquel 3 de octubre del '93. Esto significa que, si bien los sectores más desprotegidos no se inclinan por opciones electorales novedosas como el Frente Grande o el Frepaso, manifiestan una

pronunciada apatía (mucho mayor que los sectores medio y alto, más proclives al voto en blanco).

Las mayores novedades se encuentran en los sectores medios y altos. En la típica clase media es donde el justicialismo parece escalar posiciones, compitiendo con el radicalismo, mientras que en el vértice de la sociedad la UCR claramente se impone al PJ. En este último segmento es donde se observa el alto grado de inserción del Frente Grande.

En buena parte estos datos relativizan la hipótesis del conservadorismo popular. Debe tenerse en cuenta que el nivel más pudiente de la sociedad (el llamado ABC1) no se compone solamente de los grandes empresarios que alaban el modelo Menem-Cavallo. Este espacio social lo componen el 10 % de la población (unos 3,5 millones de argentinos) muchos de los cuales han optado en algún momento por Alfonsín, después por la Ucedé y en los últimos tiempos sufragaron por el Frente del País Solidario.

Convendría de todos modos matizar el tema de la inclinación de la clase media. En primer lugar, la evidencia empírica afirma que, en aquella oportunidad, votó por el PJ sólo un tercio del total de ese sector; de ninguna manera se afirma que la clase media en masa ha pasado a ser justicialista. En segundo lugar, parecería ser que, en aquellos distritos en los cuales existe un tercer partido local ya consolidado (el Partido Demócrata en Mendoza, la Fuerza Republicana en Tucumán o el Pacto Autonomista-Liberal en Corrientes), la clase media encuentra un mejor refugio en estas expresiones que en el justicialismo. Esta mayor presencia del peronismo en la clase media se hace sentir por la confluencia de tres factores. Primero, el retroceso del radicalismo; segundo, la dispersión del voto de clase media; y tercero, un cierto realineamiento de una parte del segmento en cuestión a partir de los ejes del modelo menemista.

La Argentina es, electoralmente, un país en transición. No existen coaliciones sociales permanentes en materia de voto. Es muy probable que el justicialismo nunca haya hecho tan buena elección en los sectores medios y altos como lo está haciendo a partir de la vigencia del modelo Menem-Cavallo. Y es muy probable también que el PJ se haya movido hacia arriba en la escala social, dejando espacios libres en su base tradicional que opta por el MODIN o la abstención. Obsérvese, por ejemplo, que el 10 de abril de 1994, en varias provincias, el peronismo mantuvo sus votos del 3 de octubre de 1993 en aquellas localidades donde peor le fue siempre, y perdió proporcionalmente más espacio en sus bastiones históricos.

Los datos que se analizan muestran también que la desregulación se está produciendo a distintas velocidades en los diferentes niveles socioeconómicos, produciendo un fenómeno de asincronía que profundiza la fragmentación cultural en nuestro país: a medida que crece el nivel socioeconómico crece la fragmentación del voto, pero se reduce el margen de abstención. El cambio afecta a toda la sociedad,

pero es más acelerado en la clase media y alta, conservando los sectores de clase baja (obreros industriales, pobres estructurales) una relativamente alta fidelidad al Partido Justicialista. Esto debe tenerse muy en cuenta a la hora de evaluar los distintos tipos de liderazgos a los que adscribe cada sector social, pues están representando conjuntos de valores cada vez más diferenciados.

III.2.6 La Desregulación en Funcionamiento

El mismo triunfo de Alfonsín en 1983 habla a las claras del nuevo proceso, en la medida que logra captar sectores que tradicionalmente habían votado al justicialismo, además de construir un bloque mayoritario que se movió por ejes coyunturales (democracia vs. autoritarismo; derechos humanos vs. represión / violencia). Dos años después se vuelve a legitimar al gobierno de Alfonsín dados, al menos, tres éxitos de políticas públicas: el juicio a las juntas militares, el reestablecimiento exitoso de las libertades civiles y el Plan Austral.

En el '87, sin embargo, el déficit de la política respecto a las fuerzas armadas (levantamiento de Semana Santa) y el fracaso del plan de estabilización económica comenzaron a erosionar la coalición triunfante en el '83. En el '89 confluyen un carismático candidato justicialista y un escenario de profunda crisis económica, política y social. En el '91 alumbra la nueva coalición menemista que se mantuvo hasta el '95 sin demasiados altibajos. Como puede apreciarse, más allá del voto fiel a cada partido, hubo importantes traspasos de votos en función de elementos coyunturales o de corto plazo.

III.3. Los Cambios de Valores y de Identidades Políticas

El proceso de desregulación acompaña una profunda modificación en los valores culturales, sin abrir juicios sobre el carácter positivo o negativo de aquélla.

En primer lugar, todo el contexto cultural aparece impregnado de una fuerte despolitización de la sociedad, que se ve reflejada no sólo en los indicadores ya expuestos. Los programas políticos tradicionales de la televisión han ido perdiendo rating, viéndose obligados a reformularlos con temas sociales. La sección política de los diarios y los noticieros también han ido perdiendo espacio. Las revistas políticas de circulación masiva prácticamente han desaparecido. El valor "política" está totalmente devaluado, siempre que se lo considere en términos tradicionales (9). Por supuesto que sigue existiendo mucha actividad y discusión política, entendida como asignación de recursos escasos, sólo que se está canalizando a través de otros medios, otros espacios, otros lenguajes y otros temas.

En segundo término, y como parte del mismo fenómeno de despolitización, se ha instaurado un profundo individualismo. La conciencia de clase tradicional se ha debilitado, al igual que el valor de la pertenencia a una nación. De ahí deviene que el electorado se haya desregulado, pues vale más su condición individual que la

colectiva. Este individualismo tiene variados efectos. En lo electoral implica el rompimiento del voto cautivo y las lealtades tradicionales, y el énfasis en las personalidades en detrimento de las organizaciones y las estructuras partidarias. En el plano de las preocupaciones sociales, significa el debilitamiento y la fragmentación de la protesta social frente a situaciones críticas. En el plano del consumo, se manifiesta a través del éxito de las prácticas del marketing personalizado y el énfasis en los nichos de mercado, por los que aboga toda la literatura especializada (10). La incorporación de las nuevas tecnologías informáticas en los procesos productivos, el traspaso de trabajadores del sector secundario al sector terciario, y la creciente fuerza laboral independiente son factores que crean las condiciones para dicho individualismo.

En tercer lugar, la despolitización y el debilitamiento de las referencias ideológicas tradicionales expresadas en clivajes políticos de largo plazo, han producido una cultura pragmática, en donde existe una preponderante preocupación por cómo se resuelven los problemas, marginando el debate sobre qué hay que resolver (11). Este tercer elemento tiene manifestaciones en el discurso político, en la concepción de la política por parte de la sociedad y en el perfil de dirigente político que comienza a demandarse.

La política comienza a ser percibida por la sociedad como una arena de negociaciones e intercambios y no una expresión de valores o ideologías. El electorado penaliza los discursos extremistas, desprovistos de concreción y aplicabilidad y basados exclusivamente en opuestos irreductibles o planteos maniqueos. Por el lado del perfil de liderazgo, la sociedad se vuelca en forma persistente al tipo gerencial o técnico, por oposición al político tradicional. Al despolitizarse, la gente deja de confiar en los políticos para el manejo de la cosa pública, e interpreta que ese puesto le corresponde -cada vez más- a un "especialista" (12).

Un cuarto plano de cambio de valores es la fragmentación cultural. El proceso de fragmentación del voto es sólo una de las señales. Se están registrando divorcios muy profundos en materia de estándares de vida (se habla de bolsones de primer mundo y de tercer mundo) que implica accesos muy diferenciados en materia de salud, educación y calidad del medio ambiente. Sin embargo, al mismo tiempo, la diversificación y sofisticación de la fuerza laboral obliga a las empresas a ofertar productos y servicios muy adecuados a cada segmento del mercado. Es decir que, por un lado, tiene implicancias negativas respecto a la distribución equitativa de la riqueza, y por el otro, es un factor inmodificable que condiciona la supervivencia de los actores económicos.

El concepto de nacionalidad se ve fisurado desde dos polos opuestos. Por un lado, el fenómeno de globalización y la constitución de bloques económicos borra la visión de fronteras nacionales, creando en bolsones de la opinión pública identidades globalizadas. Por el otro, se generan fuertes localismos que se mueven en el

mismo eje de la fragmentación. La aparición de partidos provinciales que levantan banderas contra las estructuras de nivel nacional es uno de los ejemplos más claros.

Como síntesis del cruce de varias de las tendencias descriptas más arriba, la despolitización, la desconfianza en las estructuras anónimas y la fragmentación están coincidiendo con una pronunciada desconfianza en lo estatal, para volcarse a modelos organizacionales más descentralizados y autónomos, no gubernamentales tanto en lo político, como en lo social y lo económico. La idea de relaciones horizontales y participativas está volviendo obsoleto cualquier modelo cerrado y verticalista (13).

Los ejes de cambio cultural aquí descriptos no son absolutos, es decir, están marcando tendencias predominantes que no son exclusivas de la Argentina. Dichas tendencias, tal cual se hizo referencia cuando se presentó el concepto de desregulación del electorado, no son homogéneas en toda la sociedad, ni tampoco implica que no haya regresos coyunturales a los valores de la Argentina 45-83, en parte por lo acelerado del cambio.

Los Ejes del Cambio Cultural

Antes	Ahora
<ul style="list-style-type: none"> • Politización • Conciencia colectiva / masificación • Ideologización • Masificación / no diferenciación • Nacionalidad • Nacionalismo • Estructuras / organizaciones • Lealtad / persistencia • Estructura • Certidumbres • Estatal • Centralización • Verticalidad 	<ul style="list-style-type: none"> • Despolitización • Individualismo • Pragmatismo • Fragmentación / diferenciación • Globalización • Localismo • Personalidades • Inestabilidad / cambio • Coyuntura • Incertidumbres • Privado / no gubernamental • Descentralización • Horizontalidad

IV. Propuestas de identidad cultural hacia el Tercer Milenio

Está claro que los ejes que sirvieron para crear la identidad cultural en la Argentina llena de inmigrantes europeos del período del modelo agro-exportador, primero, y el país de la sustitución de importancias que consagra al peronismo, después, han dejado de existir mayormente. Los cambios son tan profundos que ninguna extrapolación histórica es de real utilidad. La estructura social es hoy de una complejidad y diversificación impensables a principios de siglo.

La composición de la élite económica ha cambiado y el origen social de la mayor parte de la clase política. Los tradicionales factores de poder -Iglesia, sindicatos, fuerzas armadas, terratenientes- han perdido la relevancia política, social y económica de antaño. Hoy, los grandes holdings transnacionales, los mercados financieros, los creadores de nuevas tecnologías, los productores de información y los medios de comunicación cada vez más sofisticados marcan espontáneamente reglas de juego y condiciones de vida totalmente novedosas.

En ese marco, cualquier propuesta de identidad cultural que apunte al desarrollo humano y la integridad social tiene que tomar en cuenta tanto la orientación de los cambios, ineludibles, como los instrumentos a partir de los cuales se viabiliza dicha proposición. En función de la orientación y los instrumentos deberá buscar un equilibrio entre lo particular y lo universal, para que el proceso de cambio no se deshumanice, perdiendo de vista el objetivo central.

Aprovechando el espacio que en la actualidad poseen los factores coyunturales, es posible pensar que, así como ciertas políticas públicas y cambios institucionales empujaron hacia esta desregulación y fragmentación del electorado, otras políticas pueden amortiguar los efectos de dicho proceso. No se está planteando una actitud retardataria sobre el cambio de valores, sino que esa transformación cultural no desintegre la estructura social y los marcos de referencia colectivos siempre necesarios para un desenvolvimiento armónico.

En el plano institucional, la reforma de la Constitución Nacional no ha significado en la práctica cambios destacables en las formas de hacer política, dejando incólume el sistema presidencialista. Sigue pendiente un debate profundo sobre los sistemas electorales que sí se han venido modificando en los niveles provinciales (14). La disconformidad de la sociedad con los sistemas actuales es bastante notable, criticando por igual a las llamadas "listas sábanas" como a la ley de lemas (15). Si bien la primera asegura un mayor grado de gobernabilidad, es poco efectiva a la hora de satisfacer la representatividad. Lo inverso ha ocurrido en muchos lugares con el mecanismo de los lemas: multiplica la oferta, pero promueve la fragmentación y en algunos casos ha vuelto imposible la tarea del poder ejecutivo.

Hay entonces una cierta responsabilidad respecto al rediseño del sistema electoral en la Argentina que pase por lograr mayores niveles de representatividad e inclusión en el sistema político, sin por eso poner en riesgo la gobernabilidad. El reclamo de mayor apertura de las instituciones obliga a pensar fórmulas que canalicen eficientemente el debate político y la representación de los valores sociales. La fragmentación electoral puede reducirse mediante la implementación de una lista por partido, pero pudiendo dar libertad para que cada votante ordene los candidatos dentro de la lista según sus preferencias. Se rescata así la demanda de personalización, sin por ello atomizar el sistema de partidos. La aplicación persistente de un sistema electoral equilibrado va generando en términos acumulados pautas de identidad política con

niveles de competencia moderados y no agresivos. Téngase en cuenta que la forma de gobernar está en directa relación con el modo de llegar a un cargo; esto es, con el modelo de liderazgo y construcción política al que se haya visto obligado a desarrollar un dirigente.

En el otro plano, el de las políticas públicas, la fragmentación social se puede amortiguar, y la reformulación de las identidades culturales tradicionales en el plano social y político puede ser menos violenta, mediante la implementación de cursos de acción que tengan como objetivo el desarrollo social armónico.

La Argentina se ha vuelto en los últimos años un país sumamente inequitativo, tanto desde el punto de vista de la distribución de la riqueza, como de la calidad de vida. Por eso, el diseño de los programas gubernamentales debería considerar el impacto que producen sobre las identidades políticas y culturales. Cualquier acción que se dirija a modernizar y desanquilosar un área, puede diseñarse en función de no destruir ciertas redes sociales de contención. Un modelo fuertemente exportador puede estar en manos de grandes holdings transnacionales o compartir ese rol con los pequeños y medianos empresarios; puede concentrarse en la gran metrópoli o diversificar su fortaleza en el interior. Una política pública siempre puede perseguir más objetivos que los explícitos y visibles, para contribuir a metas más globales que hacen al modelo de país que se quiera alcanzar.

V. Epílogo

La desregulación del electorado es fruto de claros y oscuros. Responde a la necesidad del electorado de no entregar "cheques en blanco" a la clase dirigente si no cumple con sus mandatos. En este sentido, tarde o temprano obligará a los representantes a reorientar sus acciones. Sin embargo, al mismo tiempo, es el emergente de una fragmentación social pronunciada que ya se ha descripto. Aprovechar los efectos positivos y morigerar los negativos de ese proceso de cambio cultural -en lo político- es una tarea por demás relevante. Las propuestas de modificaciones en el plano institucional y en el de las políticas públicas aquí desarrolladas fueron pensadas en función de lograr un desarrollo social más equilibrado, sin por eso perder de vista la necesaria integración a un proceso de cambio globalizado.

NOTAS

(1) Ver GERMANI, Gino, *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Paidós, 1977.

(2) Al respecto ver MURMIS, M. y PORTANTIERO, J.C., *Estudio sobre los orígenes del peronismo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1971; BAILY, Samuel, *Movimiento obrero, nacionalismo y política en la Argentina*, Buenos Aires, Paidós, 1984; Del Campo, H., *Sindicalismo y peronismo*, Buenos Aires, Clacso, 1983.

- (3) Ver ROSE, Richard. "From Simple Determinism to Interactive Models of Voting: Britain as an Example" (en: *Comparative Political Studies*, July 1982, pp. 145-170). También SUAREZ, Waldino & LOMBARDI, Claudia, *Modelos Interactivos y Comportamiento Electoral en la Argentina*, Fundación de Estudios Contemporáneos, Bs.As., 1985.
- (4) Ver ZULETA PUCEIRO, Enrique, "Modelos de Partidos y Transformaciones Socio-Culturales" (en: *Aportes*, págs. 8-28).
- (5) Ver SUAREZ, Waldino & LOMBARDI, Claudia. Op. cit.
- (6) Al respecto se puede ver TOFFLER, Alvin, *El Cambio del Poder*, Barcelona, Plaza y Janes Editores, 1992; NAIBITT, John & ABURDENE, Patricia, *Mega-tendencias 2000*, Bogotá, Editorial Norma, 1990; DRUCKER, Peter, *Las Nuevas Realidades*, Buenos Aires, Sudamericana, 1990, segunda edición; Bell, D., *El advenimiento de la sociedad post-industrial*, Madrid, Alianza Universidad, 1994. Para una discusión más amplia y completa sobre este tipo de autores consultar FRENKEL, Boris, *Los Utopistas Postindustriales*, Buenos Aires, Ediciones Nueva Visión, 1988.
- (7) Ver WAISBORD, Silvio, *El Gran Desfile*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1995, págs. 153-176.
- (8) Ver FARA, Carlos, "La Desocupación no Influyó en el Voto", (en: *Clarín*, 18 de mayo de 1995), y "Cultura Política y Conflictos Sociales: la opinión pública frente a los conflictos laborales en Tierra del Fuego y el triunfo del presidente Carlos Menem", mimeo (presentado en el Segundo Congreso Nacional de Ciencia Política, SAAP, noviembre de 1995).
- (9) TENZER, Nicolas, *La Sociedad Despolitizada*, Buenos Aires, Paidós, 1991.
- (10) Ver POPCORN, Faith, *Lo que Vendrá*, Barcelona, Granica, 1993; CLANCY, K. & SHULMAN, R., *La Revolución del Marketing*, Buenos Aires, Vergara, 1994.
- (11) Ver DRUCKER, Peter. Op. cit., págs. 167-168.
- (12) FARA, C., en colaboración con Carolina Erlich, "Estudio de Opinión Pública", Buenos Aires, Instituto Nacional de la Administración Pública - Escuela Nacional de Gobierno, junio 1996, mimeo.
- (13) SERIEYX, Hervé, *El Big Bang de las Organizaciones*, Buenos Aires, Granica, 1994.
- (14) Ver FARA, Carlos & OCAÑA, Graciela, "Workshop sobre Reforma Electoral - Documento Base", National Democratic Institute for International Affairs, Fundación Andina, Fundación Centro de Estudios para la República (en: *El Derecho*, Suplemento Especial, Bs. As., agosto 1993, págs. 1-8).
- (15) En un reciente estudio hecho en la Capital Federal, el 69 % de los entrevistados manifestó su preferencia por ordenar los candidatos dentro del sistema de lista completa (Fara, C., en colaboración con Erlich, C. "Estudio de Opinión Pública", op. cit.). Otra investigación llevada a cabo en la provincia de Santa Cruz, detectó que el 40 % de la población pide sacar la ley de lemas contra el 21 % que muestra algún grado de acuerdo con la misma; el 39 % restante no tiene opinión formada sobre el tema (Fara, C., "Estudio de opinión pública. Provincia de Santa Cruz. Mayo 1996", Carlos Fara & Asociados, mimeo, Bs. As., Mayo 1996).

BIBLIOGRAFIA

- BUDGE, Ian & FARLIE, Dennis, *Pronósticos Electorales*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1986.

- CLANCY, K. & SHULMAN, R., *La Revolución del Marketing*, Buenos Aires, Vergara, 1994.
- FARA, Carlos. "La Desregulación del Electorado en la Argentina: ejes para el debate", mimeo, agosto 1994.
"Observaciones sobre los Resultados del 14 de Mayo de 1995", Carlos Fara & Asociados, mimeo, mayo 1995.
"La Desocupación no Influyó en el Voto" (en: *Clarín*, 18 de mayo de 1995).
"La Campaña Electoral de 1991 en la Argentina: el rol de la estabilidad" (en: "Contribuciones", CIEDLA, 1/92, pags. 137-142).
"Cultura Política y Conflictos Sociales: la opinión pública frente a los conflictos laborales en Tierra del Fuego y el triunfo del presidente Carlos Menem", mimeo (presentado en el Segundo Congreso Nacional de Ciencia Política, SAAP, noviembre de 1995).
- LANDI, Oscar, *Devórame Otra Vez*, Buenos Aires, Ed. Planeta, 1992.
- MURARO, Heriberto, *Poder y Comunicación*, Buenos Aires, Ed. Letra Buena, 1991.
- NOVARO, Marcos, *Pilotos de Tormentas*, Buenos Aires, Ediciones Letra Buena, 1994.
- O'SHAUGHNESSY, Nicholas, *The Phenomenon of Political Marketing*, New York, St. Martin's Press, 1990.
- ROSE, Richard, "From Simple Determinism to Interactive Models of Voting: Britain as an Example" (en: *Comparative Political Studies*, July 1982, pp. 145-170).
- SUAREZ, Waldino & LOMBARDI, Claudia, *Modelos Interactivos y Comportamiento Electoral en la Argentina*, Buenos Aires, Fundación de Estudios Contemporáneos, 1985.
- WAISBORD, Silvio, *El Gran Desfile*, Buenos Aires, Ed. Sudamericana, 1995.
- ZUCKERMAN, Alan, "New Approaches to Political Cleavage: A Theoretical Introduction" (en: *Comparative Political Studies*, July 1982, pp. 131-144).